

# **El catálogo de Trendar B. Llessur**

Miguel Barreras Alconchel

Yo no siempre he sido bibliotecario. Cuando estudiaba Filología Alemana en Zaragoza, ocupaba mis mañanas repartiendo correo por la zona de las Delicias, un barrio obrero con alto índice de contaminaciones: acústica, de dióxido de carbono y de tiendas en rebajas. Así, con mi oficio de cartero interino, me costeaba la carrera. Era un trabajo fantástico. Temprano, recogía la bolsa de cartas, postales y paquetillos y, después de ordenarlos estratégicamente por calles, avenidas y distritos, los embutía en mi enorme mochila con ruedas de montañero del asfalto. Me dedicaba a patear la ciudad sin ningún tipo de preocupación. Mi única inquietud consistía en evitar conducir por los tumultos. Si helaba rescataba del viejo baúl los calzoncillos marianos, el gorro de lana, las botas de borreguillo y el plumífero; si llovía, la capa; si apretaba el calor, aminoraba el paso y me aliviaba del sofoco bebiendo algún botellín de agua fresca, intentando siempre caminar por la sombra. A veces me aislaba del ruido de la ciudad con el *walkman*; a veces, despabilado por el cierzo severo de las esquinas, inventaba cuentos que transcribía al papel al llegar a casa. No había quien me agobiara. Si alguien rehusaba aceptar un certificado o se negaba a firmar un acuse de recibo, yo respondía con una sonrisa, recogía el sobre y me iba con la música a otra parte.

Quizás alguien se pregunte por qué dejé este maravilloso oficio. Yo también. El caso es que, al acabar la carrera, me preparé las oposiciones de bibliotecario, me presenté y las aprobé. Obtuve el número dos. Mi primer destino fue una aburrida capital de provincia, de cuyo nombre me acuerdo y no quiero escribir. Su biblioteca se parecía a la ciudad, triste y anodina. En cuanto pude, me largué de allí. Pedí traslado. Mi destino fue la Biblioteca Nacional de Madrid. Vaya cambio.

Allí no tuve suerte con la autoridad. La jefa de mi sección, una solterona histórica y cargante, se sentía sola, quizás incomprendida o aburrida. Buscaba desesperada conversación y compañía. Se llamaba Dolores. Al menor descuido me contaba lo que había desayunado, lo que había preparado para comer, lo que había cenado ayer su sobrina, lo que no quiso tomar su madre para merendar, la película que vio por la noche, después de ducharse o no ducharse, la que no vio, la que le hubiera gustado ver, en camión, en bata o en pijama. Dolores me atormentaba. Yo huía agobiado, pero ella siempre daba conmigo. No me dejaba trabajar.

Pude escapar de aquella máquina parlanchina, mas tuve que pagar un alto precio, un sacrificio al que no estaba dispuesto ningún colega: Ir a dar con mis huesos al departamento de Trendar B. Llessur, ser su monaguillo.

El día que empecé en su departamento era lunes. Cuando llegué a su despacho, el señor Llessur ya estaba trabajando. No me dijo cómo se llamaba; tampoco me preguntó mi nombre. Me sorprendió la presencia de un señor mayor que cargaba una carretilla de dos ruedas con libros amontonados alrededor de un ordenador. Cuando ya no le cabía ni uno más, abrió la puerta y salió conduciendo su vehículo sin despedirse, silbando un bolero de Los Panchos. El señor Llessur me presentó mi nuevo ordenador. Éste contenía la base de datos de la Biblioteca y un acceso directo a internet. Me puso al tanto de mi primera tarea en aquella sección: En principio, debía establecer una relación de todos los volúmenes de *Álgebra* existentes en la Biblioteca. Autor, título, fecha, lugar y número de la edición, traductor (si procedía), número de páginas, índice.

- Pero, la mayoría de esa información se encuentra sin duda ya en la base de datos -  
atreví a preguntarme en voz alta.

- Efectivamente, joven, efectivamente; mas debe confirmarla. Y no dé usted por supuesto que todos los libros de Álgebra se encuentran en las estanterías de Álgebra. No dé nada por supuesto. Hace poco el azar quiso que hallara un *Catálogo de manuales de Álgebra editados por MIR antes de 1968* en medio de dos pequeños volúmenes de apología de la revolución rusa, en el estante onceno de Historia Contemporánea. No se fie, amigo, no se fie; busque, indague, pesquise y analice con rigor. El mes pasado, de entre los libros atinentes a juegos de mesa, pudimos rescatar un *Catálogo de tratados de cuadrados mágicos*, sin que nadie supiera qué mano majadera lo había ubicado allí.

Mi primera encomienda me mantuvo ocupado durante todo un mes. Accedí a todos los fondos de la biblioteca, escudriñé las gavetas, trepé hasta los más altos anaqueles, husmeé las repisas recónditas. A veces, olvidado de mi primigenio cometido, me extraviaba entre incunables o folletos ridículos, a través de enciclopedias obsoletas o miniaturas exquisitas. Mariano, el hombre de la carretilla, se encargaba de la labor mecánica de portear hasta nuestro departamento los volúmenes por mí seleccionados.

En el despacho muchos ratos coincidía con el señor Llessur. Al principio me sentía incómodo. Él no hablaba casi nunca; a veces carraspeaba. Relajado por su aparente ausencia, me dedicaba a observarlo sin pudor, como quien espía desde la oscuridad, detrás de la persiana de su casa, a la vecina de enfrente preparándose el desayuno en camión, despreocupada y despeinada.

El señor Llessur no tenía, que se supiera, relación consanguínea con chinos u orientales en general, pero era de color amarillo, un amarillo oscuro tirando a marrón claro. Casi calvo, el escaso pelo que conservaba parecía lavado con aceite o grasa. La nariz, delgada e ilustre, siempre alerta a olores recónditos, sobresalía descomunal de

su cara de ratón. De su cuello de avestruz avanzaba belicosa la nuez, isomorfa a las napias. Destacaba en su figura el lóbulo de la oreja izquierda - seboso suspenso de grasa muerta -, hinchado, como mordido por avispa bulímica. Del de la otra oreja nada se sabía: elíptico, algunos lo imaginaban fantasma de algún sabañón venido a menos. Vestía invariable bata de color indefinido y su aliento atufaba, no sabría decir exactamente a qué. No era el inconfundible olor fétido a muela cariada. Se parecía a la pestilencia que a veces despiden las cañerías de la cocina o del lavabo cuando llueve mucho o los tubos de los desagües se han desajustado o empiezan a cegarse. En cualquier caso, suponía para mí un martirio acercarme al señor Llessur a menos de dos metros de distancia. A veces se le concentraba en las comisuras de los labios un resto de babilla seca que le proporcionaba un aspecto aún más repugnante. Nada podía saberse del color de sus ojos: el grosor y la suciedad de las lentes de sus gafas impedían cualquier tipo de vaticinio. Los pelos de su nariz competían en longitud con los que apuntaban por sus orejas, heliotropos desorientados. Sin embargo, triunfaban sin duda los de las cejas, cuernos inválidos embistiendo hacia nada.

El señor Llessur encabezaba cada frase con un chic-chic nervioso y acelerado y la remataba aspirándose los mocos con estruendo.

Ciertamente era un tipo físicamente repulsivo, pero su cabeza sebosa albergaba sin duda la mayor información bibliográfica de la península ibérica. Pocos volúmenes escapaban a su entendimiento. Dominaba autores, títulos, lugar y fecha de edición, editorial y hasta precio. También los traductores. Experto en carátulas, imagino que nunca llegó a leer ningún libro.

Desde el principio me percaté de su manía, aquella obsesión que con el tiempo se le infectó en ruina maligna e incurable, origen de su desahucio sin remedio. El excesivo afán por el orden le llevó a intentar clasificar aquello mismo cuya misión radicaba precisamente en clasificar: inventariar inventarios; registrar registros; catalogar catálogos.

Intuía que esa inclinación desmedida hacia el censo perfecto y absoluto derivaba de sus años de encargado en el departamento de botánica de la Biblioteca. Emulando a los fitólogos, acaso llegó a confundir libros con plantas, cada una correctamente situada en el estanco apropiado y a veces único; tal vez imaginó la Biblioteca - su Biblioteca - como un gran bosque de yerbas, flores, matas, árboles y arbustos, entes que exigían desde el caos su inmediata catalogación. Quizá se supuso único adalid de tan formidable empresa.

Me notaba inquieto, incluso alterado, la mañana que presenté mi catálogo definitivo al señor Llessur. Deposité el inventario sobre la mesa del jefe y esperé hasta la tarde su temido escrutinio.

- Muy bien, joven. Ha hecho usted un buen trabajo. ¿Dónde encontró usted este Catálogo de textos con demostraciones algebraicas erróneas o inexactas? ¿Y este otro, Nomenclátor de la terminología gödeliana?

Obvió una obra de la que tan sólo se sabía la pervivencia de tres ejemplares, *Las cinco últimas horas de la vida de Evaristo Galois*. Tampoco reparó en *Corolario algebraico a los Elementos de Euclides, por Al-khuwarizmi*, ni en otras muchas joyas de la literatura algebraica que yo había redimido del polvo y del olvido. Era evidente que no le interesaban los textos en sí; sólo compilaciones, inventarios, digestos, índi-

ces, sumarios. Con ellos se excitaba hasta el paroxismo: los acariciaba devoto, entornando los ojillos para quizás concentrarse mejor en su olor o en la rugosidad de sus tapas; los abría cual cuidadoso cirujano, temeroso de deteriorarlos; los depositaba al fin sobre la mesa, con el meticuloso cuidado de la madre que acuesta en la cuna a su bebé recién nacido.

- ¡Oh, qué bello! La *Recapitulación de los títulos de todos los libros epistolares de algebristas europeos*. ¡Ya había olvidado esta maravilla! ¿Dónde la halló usted? Dígame, ¿dónde?

Fue la confirmación de mi futuro profesional. Ya estaba al tanto de la dedicación exclusiva de mi jefe. Se encontraba por entonces en el segundo estadio de su magna empresa, elaborando el catálogo de los catálogos de las exposiciones de pintura en Madrid durante 1990. Previamente había confeccionado todos los catálogos parciales de los pintores que expusieron en la capital ese año: Quique Maqui, catálogo de trece catálogos; Antonio Pedrajas, catálogo compuesto por siete; y así hasta trescientos veintitrés artistas. Por fin, el señor Llessur totalizó el catálogo definitivo. Exigió al departamento de publicaciones interno de la Biblioteca la edición de su trabajo. Se aceptó su requerimiento. El treinta y uno de diciembre de 1990 salió de la imprenta. Ese mismo día fue registrado: *Catálogo de todos los catálogos de exposiciones pictóricas en Madrid en 1990*. El último título de la lista numerada, finita pero ingente, era el necesario; el título tautológico: *Catálogo de todos los catálogos de exposiciones pictóricas en Madrid en 1990*, por Trendar B. Llessur.

Supe así a qué me exponía bajo la tutela del viejo: registrar los volúmenes relativos a la Probabilidad; de entre todos, cribar los compendios clasificatorios; elaborar

el prontuario de éstos; llegar al catálogo presuntamente final, nunca definitivo, siempre penúltimo: habría también proceso análogo para la Topología, la Estadística, la Geometría. Para las Matemáticas. Para las Ciencias. Para el Conocimiento...

Dudé algún tiempo si abandonar a su suerte a aquel orate de la recurrencia. Me imaginé en otras secciones; imaginé otros jefes, otras exigencias, otras condiciones. Durante casi un mes anduve obsesionado con el dilema de desertar de aquel demencial departamento o ser fiel al señor Llessur hasta el final. Empecé a dormir mal. Soñaba que recogía todas mis pertenencias de mi mesa de trabajo y salía sin despedirme de mi jefe. Al volverme para cerrar la puerta, el viejo me miraba y las manos le temblaban, aunque se cogía una a la otra para disimular el temblor. Soñaba que entraba en otra oficina, con muchas plantas y un olor mezcla de humo de tabaco rubio y perfume de mujer; otra oficina con unas bocas pintadas y sonrientes, y unas piernas cruzadas, y un fondo de música irreconocible acompañando la danza indolente de unas melenas rizadas. Pero todos los sueños acababan de la misma manera: Siempre volvía con mi desaliñado jefe, a su oficina sin plantas, sin piernas, sin melenas. Invariable, elegía la presencia ausente del señor Llessur.

Así que, por no contradecir lo que cada cotidiana y pertinaz pesadilla insistía en quererme aconsejar, tomé un veintinueve de noviembre la decisión de mantenerme firme con mi viejo jefe, por el cual, y sin saber por qué, empezaba ya a barruntar un absurdo e incomprensible afecto.

A partir de aquel día, volví a dormir tranquilo y me dediqué, en cuerpo y alma, a secundar y amparar a mi superior en todas sus hazañas clasificatorias.

Poco a poco nuestro afán sin medida por la catalogación fue conocido por los trabajadores de la casa. Mi presencia por los pasillos levantaba a menudo apagados comentarios o risitas de mis compañeros, equívocas miradas, una mezcla de pena y desconcierto.

Sin embargo, había colegas que aplaudían nuestra empresa; este era el caso de Evaristo Pobo, especialista en diccionarios de lenguas muertas. He de reconocer que yo siempre había despreciado a ese tipo, no por su boina rancia ni por su voz aflautada, sino por un intento ingenuo de apostolización del que yo mismo fui víctima una mañana y del que, felizmente, pude escapar con gran decoro. Un lunes, al comenzar la jornada laboral, coincidí con Pobo en el ascensor. “Dios te ama”, me dijo, o “Dios te llama”, no lo entendí bien. De repente pensé: “Vaya, este tipo se ha enamorado de mí”. Pero no, no era eso. Enseguida me hizo saber que era testigo cristiano de Jehová del Séptimo Día y que quería comunicarme su mensaje, de paz y de amor. Se abrió la puerta del ascensor y yo me largué, huí de él sin despedirme. Así fue como Evaristo Pobo se convirtió en *persona non grata* a la que evitaba sin disimulo en el ascensor, en el lavabo o en la cafetería.

El 17 de enero de 1991 alguien llamó al despacho. Reconocí la boina tras la puerta y salté ligero de la silla para la huida. El señor Llessur no se percató de la visita, absorto en un listado de libros que contenían la palabra *elocuencia* en su título. Pobo me cerraba la salida, con una sonrisa de disculpa y un libro de tapas rojas que tímidamente me ofrecía.

- Mire lo que he encontrado por casualidad. He pensado que quizás les interese. No parecía una Biblia ni nada por el estilo. El polvo casi impedía leer el título: *Epítome de libros*

*censurados en España durante la década 1940-1950, por Gervasio Roscen.* Al oírme pronunciar el título, el señor Llessur emergió ágil de su ausencia y me arrebató el volumen de las manos.

- Esto es una joya, Evaristo, una auténtica joya - clamaba excitado, mientras acariciaba la cara menuda de Pobo y le estampaba un beso ruidoso en la frente. El pobre hombrecillo no sabía qué hacer. Se colocó bien la boina, esbozó una mueca por sonrisa y desapareció con un *teneritas Dei*, o algo parecido. El señor Llessur y yo nos lanzamos, groseros y feroces, a la inspección del texto fascinante. Doscientas cuarenta y tres páginas repletas de títulos y autores, casi todos desconocidos: *La leyenda sobre el diluvio*, por Y. Perelmán; *La miel de las segadoras*, por N. Tesera; *Reproducción rápida de las plantas y de los animales*, por G. Lapaegei; *Copérnico*, por N. Cyasper. Y así hasta siete mil doscientos noventa y tres títulos. El último lo esperábamos: *Epítome de obras censuradas en España durante la década 1940-1950*, por Gervasio Roscen. Al comprobar esta última obra autorreferencial, el señor Llessur se quitó las gafas, entornó los ojos, me miró solemne y me habló:

- ¿Sabe usted en qué estoy pensando, joven?

Sí, lo sabía, pero no le pude contestar. Antes de acabar la pregunta, arrancó estrepitosa una sirena de sonido agudo y discontinuo.

- ¡Vamos! ¡Hay mucho humo al final del pasillo! – gritó alguien detrás de la puerta.

El señor Llessur volvió a colocarse las gafas, giró la vista hacia su mesa de trabajo, donde se apilaban algunos libros en aparente desorden, y, como si aquella escena ya la hubiera ensayado con anterioridad, se desabrochó su mugrienta bata, la extendió en el suelo, y deslizó todos los volúmenes sobre ella. Algunos cayeron fuera. Sin par-

simonia pero conservando la calma, recogió todos y, atando las dos mangas, improvisó un hatillo que con esfuerzo se cargó a la espalda.

No puedo decir cuánto duró aquello. Yo no dije ni hice nada. Simplemente estaba petrificado cuando alguien rompió la puerta desde fuera de una patada contundente.

No recuerdo lo que gritó el bombero. El señor Llessur alzó como pudo la mano izquierda en son de paz y, sin levantar la voz, tranquilizó al hombre robusto del casco:

- Soséguese, joven, soséguese. No tenía por qué destrozar la puerta; estaba abierta. Ya nos vamos. Por favor, no me toque mis libros.

Y nos fuimos.

No me dejó el jefe que le ayudara con su improvisada barjuleta. Una vez a salvo, en los jardines de la biblioteca, posó el bulto con los libros en el suelo y se quedó de pie, rígido, enfrentado a aquel edificio que para él significaba mucho más que su puesto de trabajo. Observé que sus labios se movían sin pronunciar nada. Quizá rezara.

- Bueno. Ya está. – Otro bombero; éste más bajo, mostacho exagerado, casco en mano. – No ha sido nada. Mucho ruido y pocas nueces. Mañana pueden volver al trabajo.

- Alabado sea Dios – suspiró casi imperceptible el señor Llessur.

- Bueno, joven – ahora se dirigía hacia mí. – Considero que tenemos un tema pendiente que no tolera demora, ¿no cree? Mañana hablamos.

Volví andando a casa. Todo aquel ajetreo de humos y bomberos se disipó involuntariamente: Mi mente, perversa o suicida, exigía toda la atención para lo fundamen-

tal, la pregunta sin respuesta del señor Llessur, *¿Sabe usted en qué estoy pensando, joven?* Dios, claro que lo sabía, lo sabía. O, *¿simplemente lo imaginaba?* Quizá él sólo intuyera lo inmediato: un catálogo de catálogos; fin, ya está. *Bravo, señor Llessur*, le animaría, *yo le ayudo en la empresa*. Ojalá. Pero no. No. El señor Llessur no iba a quedarse ahí. Yo sabía, sí, sabía en qué estaba pensando. Había llegado a la hiperclasificación: Catálogos que se incluyen, catálogos que se excluyen. Un paso más y el abismo. Quizá no. Quizá no. Tenía que pensarlo mejor. Un papel, un lápiz. No, no. Mejor dejarlo ahí. Esperaría el comentario del señor Llessur. Acaso yo estaba obsesionado. Quizá había salido al conflicto. Pero no, no. Aunque me resistiera a aceptarlo, todo estaba claro: La solución al problema es que no había solución. Pensar uno de los supercatálogos era como nombrarlo, nombrarlo como definirlo. Pero, Dios, *¿cómo se puede definir lo que, por definición, no puede existir?*

Al día siguiente volví al despacho con una esperanza floja de que el señor Llessur habría olvidado. Convendríamos tácitos en que no hablaríamos más del tema. Como un mal sueño, algo que en realidad no había ocurrido.

Pero no fue así.

La mañana siguiente, Trendar B. Llessur me esperaba perfumado sentado en su silla, con un folio blanco encima de la mesa.

- Le preguntaba ayer, después de hojear el libro que Pobo nos ha donado, *Epítome de libros censurados en España durante la década 1940-1950*, por Gervasio Roscen, tras observar que se incluía en la última línea como libro él mismo censurado en ese mismo periodo de tiempo y, por tanto, de obligatoria referencia, le preguntaba entonces si usted intuía por qué inescrutables vericuetos navegaba mi entendimiento en

aquel momento. Me pareció que sí, que su mente y la mía se aplicaban, monocordes, a la misma esencia impenetrable. ¿No es así?

- Pues sí, creo suponer que sí adivinaba su cavilación. Estaba usted imaginando una postrera y definitiva clasificación de todos los catálogos de la Biblioteca.

- Efectivamente, joven, efectivamente.- Su gesto era gozo, júbilo, concentración; pero también inquietud, preocupación, desasosiego.

- Siéntese, joven, haga el favor. Mire usted, joven, fíjese bien. Entre todos los catálogos existentes en la Biblioteca hay algunos, muy pocos, que se contienen a sí mismos como catálogos. Este epítome de libros censurados que el bueno de Pobo nos ha cedido, por ejemplo. También se encuentra en esa categoría el catálogo pictórico que editamos el año pasado. ¿Recuerda? Y sin duda habrá algunos más que deberemos encontrar. Por otra parte están la mayoría, los que no se contienen a sí mismos. Mire; así tenemos dos clases bien diferenciadas.

Se sacó un lápiz del bolsillo de la camisa, y dividió mediante una línea en dos columnas el folio en blanco. Escribió:

A. Los que se contienen a sí mismos: Epítome de obras censuradas en España durante la década 1940-1950. Catálogo de todos los catálogos de exposiciones pictóricas en Madrid en 1990. Etc.

B. Los que no: Catálogo de diccionarios español-árabe, árabe-español. Catálogo de guías en la zona del Matarraña. Etc.

- Cualquier catálogo que encontremos, o que nosotros mismos confeccionemos, pertenecerá, necesariamente, a alguna de estas dos categorías. Es obvio, ¿no? – Tragó saliva.

- Sí, parece obvio.

- Entonces, ¿ya intuye cuál habrá de ser nuestra misión final, mi querido colega?

- Sí, lo intuyo: elaborar el Catálogo de todos los catálogos que se contienen a sí mismos como catálogos y también el Catálogo de todos los catálogos que no se contienen a sí mismos como catálogos.

- ¡Efectivamente, joven, efectivamente! Al primero lo llamaremos ALFA y al segundo ÉPSILON.

La mera mención del segundo supercatálogo provocó un silencio, inquietante, al principio, doloroso después. Los dos estábamos pensando lo mismo: obviamente ALFA pertenecería a la categoría A y, como tal, el último nombre en su listado debería ser él mismo. Pero ÉPSILON, ¿dónde ubicar a ÉPSILON? ¿En la clase A, o en la B?

Acabábamos de nombrar algo, algo supuestamente tangible, incluso podríamos imaginar su color, su tamaño o su olor; habíamos inventado una cosa, definiéndola, y la propia definición provocaba su inexistencia, su innegable imposibilidad.

- No nos aflijamos, joven. No nos aflijamos y disfrutemos del abismo.

Fue la última frase que oí de Trendar B. Llessur.

- Voy un momento al lavabo, señor Llessur-, me disculpé.

Salí despacio de la Biblioteca.

Intento no pasear cerca de ella.

He vuelto a mi antiguo trabajo en Correos.